

Domingo 11 enero 2026

El Evangelio del Domingo del Bautismo del Señor A

Mt 3,13-17

Hagan discípulos bautizandolos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

El domingo siguiente a la Solemnidad de la Epifanía, celebra la Iglesia la Fiesta del Bautismo del Señor. Es la fiesta que celebramos este domingo. Pero este episodio, en la vida de Jesús, marca el comienzo de su ministerio público. Por eso, en el calendario litúrgico, correspondería al Domingo I del tiempo ordinario. Dado que rige este año el ciclo A de lecturas, leemos el relato de este hecho en el Evangelio según San Mateo.

En los capítulos I y II Mateo nos informa sobre el origen de Jesús, como hemos contemplado durante el tiempo de Navidad, y deja a la Sagrada Familia, a su regreso de Egipto después de la muerte de Herodes, instalada en Nazaret. En ese momento el Niño Jesús no podía tener más de 2 o 3 años. El episodio siguiente es la presentación de Juan Bautista y su misión: «Por aquellos días, aparece Juan el Bautista, proclamando en el desierto de Judea: "Conviertanse, porque ha llegado el Reino de los Cielos"» (Mt 3,1-2). La circunstancia de tiempo «por aquellos días» puede conducir al error de pensar que el regreso de la Sagrada Familia de Egipto y el comienzo de la misión de Juan Bautista son hechos contemporáneos; en realidad, son hechos separados por un lapso de aprox. 30 años. Esta es la edad que tenía Jesús en ese momento.

Mateo explica el nombre de «Bautista» dado a Juan diciendo: «Acudía a él Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados» (Mt 3,5-6). Juan se revela como un gran profeta, cuando declara que este sencillo rito de penitencia –baño con agua– tendría un desarrollo que lo llevaría a un nivel superior y que seguiría vigente hasta nuestros días y hasta el fin de los tiempos: «Yo los bautizo en agua para conversión; pero Aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo... Él los bautizará en Espíritu Santo...» (Mt 3,11). Así es hoy.

El Evangelio de este día comienza con la presentación de Jesús ya adulto, en forma paralela a la presentación de Juan y su bautismo: «Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él». Jesús comienza su vida pública de esta manera, no para tomar el relevo de

Juan, sino «para ser bautizado por él», y se pone en la fila de los pecadores. Cuando llega su turno, Juan, de nuevo, se revela como el más grande los profetas, reconociendo a Jesús como Aquel que él anunciaba y, como es claro, objeta: «Juan trataba de impedirselo diciendo: "Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y vienes Tú a mí?"». Juan, que estaba lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre (cf. Lc 1,15), declara, sin embargo, su condición de pecador afirmando que él «necesita ser bautizado», pero con ese bautismo en Espíritu Santo que administra Jesús: «bautizado por ti».

Jesús insiste diciendo a Juan: «Dejame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia». ¿Qué significa «toda justicia»? Jesús es el Hijo de Dios que asumió todo lo del hombre, incluso su condición de esclavo: «Tomó la condición de esclavo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre»: pero no sólo esto, sino que asumió también las consecuencias del pecado, sobre todo, la muerte: «Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (cf. Fil 2,7.8; cf. Rom 5,12). Recibiendo el bautismo de Juan, siendo Él absolutamente libre de pecado, se hará obediente hasta asumir también la condición de pecador, y así cumplirá «toda justicia».

Pero, como sigue el mismo himno cristológico de la carta a los Filipenses, que hemos citado, «Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre» (Fil 2,9). En efecto, «bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre Él. Y una voz que salía de los cielos decía: "Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco"». En el contexto de ese rito del bautismo de Juan se manifestaron por primera vez las tres Personas de la Santísima Trinidad. En el centro está Jesús y sobre Él se abren los cielos, que es el ámbito de Dios y de allí proceden «el Espíritu de Dios» que venía sobre Él en forma de paloma y la voz de Dios –de los cielos– que declaraba: «Este es mi Hijo». Partíamos con Jesús, humillado a sí mismo hasta la condición de pecador, y concluimos con Jesús declarado por Dios: «mi Hijo, el amado». Por otro lado, el Espíritu de Dios, que no tiene materia, en este caso, tomó la forma visible de una paloma, que se posó sobre Jesús, para demostrar que Él estaba movido por el Espíritu de Dios. Como decíamos, en el contexto de ese bautismo se revela Dios, por primera vez, como una trinidad de Personas divinas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Hijo, uno de la Trinidad, asumió en su Persona divina la naturaleza humana y se hizo verdadero hombre, Jesucristo nuestro Señor.

Pero en esa declaración de la voz del cielo hay un aspecto impactante, que no todos entendieron. En efecto, esa voz está citando una antigua profecía de Isaías, que se lee en la primera lectura de esta fiesta, con la cual el profeta encabeza los cantos del «siervo del Señor»: «He aquí mi Siervo a quien sostengo, mi elegido, en quien se complace mi alma; he puesto mi Espíritu sobre él...» (Isaías 42,1). Como es habitual, dado que en el tiempo de Jesús había poco material de escritura, se hacía gran uso de la memoria y una citación como ésta, que es un título, suscitaba en la memoria de quien la escuchaba los cuatro Cantos del Siervo del Señor (cf. Isaías 42,1-4; 49,1-6; 50,4-9; 52,13 – 53,12), y podía seguir recitándolos de corrido. Por otro lado, también eran parcos en el uso del pronombre personal «yo» y vemos que Dios, que es quien habla, dice: «Se complace mi alma (= me complazco). La voz del cielo en el bautismo de Jesús está diciendo sobre Él, lo que decía Dios en el Antiguo Testamento sobre su siervo, el «siervo de Yahveh». Pero el punto principal del episodio es que esa voz del cielo introduce en la cita de Isaías un cambio radical y esencial: en lugar de «mi siervo» lo llama «mi Hijo». Sobre el siervo del Señor, entre otras cosas, se dice: «Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas; Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados; todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y el Señor descargó sobre Él la culpa de todos nosotros» (Isaías 53,5-6). En el bautismo de Jesús la voz de Dios declara que lo profetizado sobre el Siervo del Señor se cumple en Jesús, que es su Hijo, el amado. Así se explica lo que no entendió Pedro, a saber, «que Él (el Cristo, el Hijo de Dios) debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día» (cf. Mt 16,21). ¡El que murió en la cruz por nosotros, el Siervo del Señor, es el Hijo de Dios!

La misma voz del cielo resonó también en el monte de la transfiguración de Jesús. Pero, en ese caso, dado que aparecían junto a Jesús, también Moisés y Elías, que eran escuchados por los judíos –«tienen a Moisés y los profetas; que los escuchen» (cf. Lc 16,29)–, la voz esta vez agrega, sólo respecto de Jesús, una recomendación: «Este es mi Hijo, el amado; "escuchenlo"» (Mt 17,5).

Al celebrar la fiesta del bautismo de Jesús, con lo cual comienza el ministerio de Jesús, hay que hacer notar que Mateo suele usar un procedimiento muy propio la literatura semita, a saber, la «inclusión». Usando

este procedimiento el evangelista trata al comienzo y al final de su Evangelio los puntos que él más quiere destacar, dejando todo el resto «incluido». Así es con los temas de «Dios con nosotros» en Jesús, del universalismo de la salvación obrada por Jesús y del bautismo en Nombre de la Trinidad que hace de nosotros hijos de Dios.

Al comienzo de su Evangelio aplica a Jesús recién nacido la profecía de Isaías: «Vean que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: "Dios con nosotros"» (Mt 1,23); al medio, Jesús dice: «Donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mt 18,20); y cierra su Evangelio con la promesa de Jesús: «Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (Mt 28,20).

Al comienzo del su Evangelio presenta a unos magos venidos de Oriente, de muy lejos de Israel, que vienen a Jerusalén buscando «al Rey de los judíos que ha nacido» y, cuando llegaron a su presencia, lo adoraron (cf. Mt 2,1-11); en el medio afirma: «Les digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se pondrán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos» (Mt 8,11); y en la conclusión de su Evangelio Jesús manda a sus apóstoles: «Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos...» (Mt 28,19).

Al comienzo de su Evangelio está el bautismo de Jesús y la manifestación de la Trinidad; en la conclusión están ambos puntos centrales: «Hagan discípulos... bautizandolos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...» (Mt 28,19). El resultado de este signo está declarado por la voz de Dios que dice: «Este es mi hijo». Ese es el efecto del «Bautismo en el Espíritu Santo», que administra hoy Jesús en la persona de sus ministros.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez  
Obispo emérito de Santa María de los Ángeles